

Obituario para el Muro de Berlín

A. James McAdams

***E**n contra de todas las predicciones, el proceso de la unificación alemana avanza aceleradamente. Dos hechos precipitaron este evento: la emigración masiva de la población este-alemana hacia la República Federal Alemana, y las elecciones en ésta última, que pusieron al orden del día el tema de la unidad nacional. Es así como en junio pasado se efectuó la unificación monetaria en torno al marco de la RFA, y el 30 de agosto se acordaron los puntos básicos para la integración de los dos Estados alemanes.*

En el artículo que presentamos a continuación¹ se analizan cuáles fueron las circunstancias políticas en que se erigió el muro, y cuáles son las perspectivas de una Alemania unificada.

* * *

¿QUE EPITAFIO ESCRIBIRÁN LOS HISTORIADORES para el Muro de Berlín dentro de diez o veinte años cuando reflexionen sobre su desaparición? Una gran parte de la escena de Europa Central ha cambiado desde que se abrió la barrera el 9 de noviembre y parecen haber pasado años y no solo meses. El sistema comunista de la República Democrática Alemana (RDA) se ha hundido completamente y con el resultado de las primeras elecciones democráticas del país el 18 de marzo, la reunificación alemana —el suceso que los expertos en los asuntos alemanes consideraban desde hacía rato como el más improbable de todos— se halla ahora en camino. ¿Resultará ser el Muro, la coyuntura que precipitó tales acontecimientos, aquel punto decisivo que hemos estado esperando desde que la ciudad de Berlín fue brutalmente dividida hace casi tres décadas? ¿O los historiadores tal vez se referirán al periodo que estamos inaugurando como un tiempo de funestas indecisiones y de oportunidades perdidas, a comienzos de una época nueva y aún más plena de tensión en la historia universal?

Si miramos hacia aquellos distantes días del último noviembre, el hecho importante en torno a la reacción inicial a la desaparición del Muro es que, incluso entonces, mientras que todos los observadores rápidamente concordaban sobre la importancia de su demolición, fueron muy pocos aquellos capaces de precisar, de forma inequívoca y convincente, que dicho episodio era totalmente bienvenido. Es cierto que todos tenían razón en celebrar el fin de las atrocidades en el Muro mismo y en la frontera común, el fusilamiento de ciudadanos este-alemanes y el forzoso confinamiento de toda la población. Mas a despecho de todo esto, la respuesta oficial, en Occidente

III TRIMESTRE 1990

como en Oriente, fue notablemente cautelosa, incluso ambivalente; por supuesto que muchos de los temores de los gobiernos han aumentado aún más con el paso de los días.

Cuando reflexionamos sobre la historia del Muro, y especialmente sobre la singular estabilidad que le dio a la vida política europea, puede parecer entendible que tantos dirigentes hubiesen buscado rebajar el ritmo de los acontecimientos que habían sucedido en los anteriores seis meses, como si contemplaran el levantamiento de nuevos muros, reales y metafóricos, que remplazaran al antiguo. Pero mientras que tal comportamiento nos da una idea del modo casi perverso en el cual esta barrera había llegado a ser parte de la realidad política en la que Estados Unidos, sus aliados y adversarios aprendieron a moverse en la era de posguerra, en realidad nos dice poco de las opciones que todavía están abiertas a cualquiera de dichas potencias. Paradójicamente, ello es porque, a pesar de que hayamos aceptado la realidad de la reunificación alemana, aún no hemos llegado a convenir con el hecho central de la desaparición del muro de Berlín, es decir, que éste y el mundo que alguna vez representó ya no estarán más con nosotros.

Nace un Muro

LA HISTORIA DE LOS ORIGENES DEL MURO es bien conocida. Desde 1952, cuando el gobierno de Alemania del Este cerró por primera vez su frontera occidental con la República Federal de Alemania, se había mostrado intranquilo por el constante flujo de sus ciudadanos a través de la otra frontera abierta entre los sectores orientales y occidentales de la ocupada ciudad de Berlín. Eran tan grandes las pérdidas económicas y políticas que, durante años, el gobernante Partido Socialista Unificado (PSU) de Alemania Oriental había ventilado la construcción de una barrera para detener la avalancha de refugiados. La idea era arriesgada puesto que desafiaba los derechos de tres de las cuatro potencias de ocupación —los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— despojándolas de cualquier autoridad sobre el sector oriental de Berlín. Pero el 13 de agosto de 1961, luego de que el número de refugiados se remontara a más de 200 mil en la primera mitad del año, el gobierno de Alemania Oriental actuó, despachando contingentes del Ejército Nacional del Pueblo, bajo la dirección del futuro (y ahora depuesto) líder, Erich Honecker, para cerrar la línea divisoria del sector. En menos de una semana se iniciaría la construcción de lo que llegaría a ser el Muro.

Sin embargo, más importante que las causas inmediatas de la construcción de la barrera, era lo que el Muro vendría a significar para las principales partes comprometidas en la suerte de Berlín. Recordemos que por encima y más allá del asunto de los refugiados, la batalla sobre lo que sucedió en Berlín fue en realidad la última de las grandes contiendas sobre la forma y el carácter de la Europa de posguerra. Ya existían dos Estados alemanes separados, y los Estados Unidos y la Unión Soviética habían defini-

do sus compromisos fundamentales, creando alianzas de seguridad contrapuestas. A fines de los años cincuentas, tan solo el estatus de Berlín estaba abierto a la discusión, en tanto que ninguna de las potencias implicadas parecía capaz de decidir cómo y cuándo podría cambiarse el anómalo estatus de la ciudad para eliminarlo como factor de conflicto potencial.

Sabemos qué preferían los soviéticos y los alemanes orientales, porque en noviembre de 1958 y en junio de 1961, el premier soviético, Nikita Krushchev, dirigió dos famosos ultimátums en los que exigía que los sectores occidentales de Berlín fueran inmediatamente transformados en una zona neutral, desmilitarizada. En caso de que Occidente no condescendiera, Krushchev amenazaba con transferir el control de las rutas de tránsito entre Berlín y la República Federal de Alemania (RFA) a las autoridades germano-orientales. Quizá los Estados Unidos y la Unión Soviética pudieron haber llegado a enfrentarse por dicho asunto; mas la inquietud por tal posibilidad pudo haber sido lo que permitió resolver el estatus de Berlín tal como se hizo. Así pues, en respuesta al segundo ultimátum de Krushchev, el presidente norteamericano, John F. Kennedy advirtió que los Estados Unidos era re-nuente a ceder alguno de sus compromisos con Berlín Occidental; ya fuera a sus instituciones democráticas, al ingreso sin obstáculos a la ciudad, o a una permanente presencia militar de Occidente. Pero lo que no dijo Kennedy al proclamar estas "tres necesidades" fue lo que probablemente allanó la construcción del Muro de Berlín, sin precipitar ningún conflicto. Mientras los Estados Unidos y otras potencias de ocupación mostrasen en el período siguiente a agosto 13 que continuaban manteniendo la ficción legal de que sus intereses se extendían a la totalidad de Berlín, nadie estaba preparado para disputar a la Unión Soviética sobre lo que ella o sus aliados germano-orientales hicieran en la porción oriental de la ciudad.

Es cierto que ninguna de las partes en conflicto puede congratularse por el modo en que apareció el Muro, en medio del distanciamiento Este-Oeste. Krushchev evidentemente había esperado utilizar sus ultimátum para consagrar a la Unión Soviética como una potencia europea fundamental, incluso equiparada a nivel global con los Estados Unidos. Sin embargo, el rechazo de Kennedy lo obligó a concentrarse solo en la meta secundaria de consolidar el socialismo en la RDA. A su turno, los alemanes orientales claramente hubieran preferido una solución mucho menos grotesca para sus dificultades, tal como un acuerdo internacional para retirar la presencia militar occidental de su territorio y permitirles controlar el acceso a la ciudad. No obstante, Occidente tenía también razones para estar insatisfecho. Al no actuar para defender todo Berlín, Estados Unidos a contrapelo develó los límites a su disposición para usar la fuerza. Aún más, su falta de acción —en muchos aspectos, el primer eslabón de una cadena de frustraciones que habrían de sobrellevar los aliados norteamericanos— enajenó a los alemanes y berlineses occidentales, que eran más sensibles a la carga humana de la división alemana y que habían confiado en la determinación norteamericana para mantener este último vínculo entre las dos poblaciones alemanas.

Dejando de lado su ominosa presencia, todavía impacta la relativa facilidad con la cual todas las partes se acomodaron a la existencia del

Muro. Es un lugar común decir que la barrera asignó al gobierno este-alemán una población cautiva genuina, permitiéndole por primera vez estabilizar al país. Pero es todavía más revelador que el Partido Socialista Unido de manera vulgar convirtiera el parapeto —en su vocabulario, el “muro protector antifascista”— en un dogma central de su mitología legítimamente, arguyendo que solo su erección había impedido una abierta confrontación entre las superpotencias, y aun llegando a celebrar públicamente su nacimiento cada 13 de agosto. No obstante, tras dichos homenajes grotescos, había siempre una lógica discriminatoria: gracias al Muro y a la recién encontrada fórmula estabilizadora de la RDA, Europa no tenía que lamentarse del rompimiento de conflictos desde su zona central.

La victoria de la RDA fue por supuesto una derrota para aquellos alemanes occidentales dentro de las “alas nacionales” del Partido Social Demócrata (PSD) y el Partido Democrático Libre (PDL), que habían continuado visualizando la reunificación alemana como una alternativa viable. Sin embargo, una vez que el Muro dejó ver que las dos Alemanias permanecerían separadas durante el previsible futuro, dichos partidos comenzaron a producir —en personalidades como Willy Brandt y Egon Bahr— a los arquitectos de una nueva era de políticas pragmáticas hacia el Este, para quienes la promoción de “pequeños pasos” para mejorar las relaciones entre los dos Estados y el énfasis sobre los contactos humanos eran más importantes que grandiosas metas, tales como la unidad germana. Estos acontecimientos, que llegaron a su climax con la *Ostpolitik* de la República Federal en los setentas, trajeron también un mayor sentido de coherencia a la política exterior de Alemania Occidental. Al paso que los partidos en contienda dentro de la RFA habían polemizado en cuanto a limitar los compromisos externos de su país con la esperanza de salvaguardar sus alternativas nacionales, la realidad del Muro generó un claro consenso sobre el ordenamiento de las prioridades germano-occidentales: primero, concentrarse en las necesidades del momento —unirse a la OTAN y a la promoción de la integración europea occidental— y solo más tarde, sobre la base de dichas fuerzas, preocuparse del distante futuro cuando pudiera superarse la división de Alemania.

Finalmente, el Muro trajo nuevos visos de claridad a las relaciones entre las superpotencias, posibilitando que los Estados Unidos y la Unión Soviética, más explícitamente que nunca antes, les definieran a sus aliados y a sus propios pueblos dónde era que reposaban exactamente sus principales intereses. Al admitir que sus aliados este-orientales cerraran sus fronteras de manera definitiva y al mismo tiempo cancelaran Berlín Occidental, Krushchev demostró con perfecta claridad la extensión de los alcances imperiales de Moscú, utilizando el Muro para trazar una inequívoca línea entre aquellos territorios que pertenecían a su mundo y los que correspondían a los capitalistas. A la inversa, la barrera se convirtió en el símbolo negativo perfecto para multitud de políticos occidentales —y sucesivos presidentes norteamericanos— para mostrar a sus electores qué era en realidad la Guerra Fría. Para aquellos que todavía no alcanzaban a entender “el gran debate entre el mundo libre y el mundo comunista”, John Kennedy pudo afir-

mar a la gente de Berlín Occidental en junio de 1963, con palabras que tuvieron casi un toque mágico hasta este noviembre pasado: “Déjelos que vengan a Berlín”^{1A}.

La muerte del Muro

LOS SICOLOGOS ADVIERTEN QUE CUANDO LAS PERSONAS sufren una pérdida irreparable, atraviesan típicamente por un periodo de contradicciones, manifiesto en sucesivos estados de indecisión emocional —disputas, rabia e incluso depresión— antes de que acepten al final lo que les ha sucedido². Por cierto, cuando el gobierno de Alemania Oriental decidió abrir el Muro de Berlín el 9 de noviembre, en un esfuerzo desesperado por detener la segunda gran ola de refugiados en la historia de la RDA (desde el verano de 1989, más de 120 mil germano-orientales habían huido a la RFA a través de las fronteras abiertas de Hungría y Checoslovaquia), cualquier cosa podría sobrevenir: decenas de berlineses occidentales danzaban encima del parapeto y, en los días siguientes, literalmente millones de germano-orientales se lanzaban a Occidente.

La negativa fue evidente en la inclinación inicial de la mayoría de gobiernos a tratar el evento como algo menos importante de lo que en realidad era. Muchos esperaban que tal vez llevaría de alguna forma hacia una solución de la crisis de refugiados, y sería por lo tanto el final de los problemas de la RDA y no el comienzo de una crisis de incluso mayores proporciones. El parlamento alemán saludó la apertura del Muro entonando las notas del himno nacional germano, pero parlamentarios de todos los matices en forma rápida tomaron nota de las cargas económicas y políticas que su país había padecido desde el verano anterior, cuando por primera vez se encontraron con que los servicios sociales estaban exhaustos por la invasión de refugiados. Muchos le exigieron a sus compatriotas germano-orientales permanecer en la RDA y pelear en buena lid: “Quien tenga libertad en casa”, declaró Volker Rühe, secretario general de la Unión Demócratacristiana, “no tiene necesidad de buscarla huyendo”³. De manera similar, luego de una demora de pocos días mientras seleccionaban la apropiada interpretación de las acciones de sus líderes, el diario *Neues Deutschland*, periódico del Partido Socialista Unido, aplaudió el suceso como si ello confirmara lo que el Muro siempre había representado —el derecho de la RDA a tomar las decisiones por sí misma— mientras evidenciaba que el nuevo “programa de acción” del gobierno post Honecker podía brindar confianza para iniciar una época de verdaderas reformas⁴.

También otros países parecían dudar sobre cómo reaccionar a la caída del Muro. En parte para evitar echarle candela a los problemas de Gor-

A / Public papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy, 1963 (Washington, DC: Government Printing Office, 1964), p. 524.

/ Elisabeth Kübler-Ross, *Questions and Answers about Death and Dying* (New York: MacMillan, 1974), pp. 1-2.

/ *International Herald Tribune*, noviembre 10 de 1989.

/ *Neues Deutschland*, noviembre 13 de 1989.

bachov en el oriente de Europa, el presidente Bush asumió una posición aún más cautelosa de lo usual, sugiriendo casi con esperanza que muchos germano-orientales podían ahora si permanecer en la RDA para participar en las reformas de su país. A su turno, Gennadi Gerasimov, el vocero soviético, anotaba que mientras la "fruta prohibida de Occidente" había demostrado ser tentadora, la decisión de la RDA de permitir finalmente la libertad de movimiento, por sí misma conduciría a una "disminución del movimiento". Cualquier declaración en torno a la desaparición del Muro que llevara a otros asuntos, tales como la reunificación alemana, era "precisamente discursos que ignoran las realidades de la política europea actual"⁵.

Mirando hacia atrás, es interesante anotar el poco tiempo que se necesita, incluso con signos negativos en la credibilidad del régimen del Partido Socialista Unificado y ninguna interrupción real en el éxodo de refugiados, para demostrar que estaban en juego asuntos mucho mayores. No obstante, antes de confrontar directamente la posibilidad de que la RDA podía realmente no sobrevivir a la crisis, y de que sus vecinos también pudieran tener que pagar un precio por su fracaso, casi todos los afectados actuaron como si el envidiable reconocimiento de las realidades emergentes pudiera de alguna manera hacerse compatible (mediante una negociación), con ciertos aspectos no negociables de la vida, como lo había sido antes del 9 de noviembre.

Consideremos la secuencia en la cual actuaron los actores claves. En un discurso del 17 de noviembre, Hans Modrow, el nuevo premier germano-oriental, abrió el debate buscando trazar una línea firme entre aquellas medidas de compromiso que su gobierno ahora tendría que tomar para reestabilizar a la RDA y aquellos temas que estaban estrictamente cerrados a la discusión. Entre las reformas aceptables, Modrow reconoció que el PSU en la hora presente no tenía alternativa distinta a la de profundizar los lazos económicos y políticos con la RFA, hasta establecer una nueva "comunidad de tratados" con su adversario. Mas desestimó por peligrosa cualquier especulación en torno a acuerdos que pusieran en cuestión la independencia de Berlín Este, llamando a todos los vecinos de la RDA a reconocerla —a pesar de que sus predecesores siempre lo habían sostenido cuando justificaban el Muro— y que si su país no lo hacía, también serían afectados de manera adversa: "La estabilidad de la RDA es una condición de estabilidad para Europa Central, en realidad, para toda Europa"⁶.

Enseguida vino la reacción germano-occidental. Como si recogiera el guante —pero también respondiendo a las críticas domésticas por no haber tenido una posición pública más contundente sobre el tema— el canciller demócratacristiano de la RFA, Helmut Kohl, esbozó un dramático plan de diez puntos, el 28 de noviembre, en el cual insistía en que la unificación final de los alemanes era en realidad el punto principal. Sin embargo, así fuera sorprendente el anuncio para muchos observadores, la visión de Kohl

fue también un modelo de calma y de orden, en el cual el movimiento hacia las metas de la RFA era el de progresar lógicamente en un modelo paso a paso, comenzando con las formas más elementales de cooperación inter-alemana, y entonces, luego de la ejecución de verdaderas reformas democráticas en la RDA, derivar hacia la generación de "estructuras confederadas entre los dos Estados... con vistas a crear una federación". Se suponían tan racionales los pasos que, según Kohl, el empeño de la unidad alemana seguiría junto con el resto de metas que la RFA había abrigado en las décadas anteriores: la consumación de un Mercado Común unificado para 1992, la adhesión al proceso de Helsinki y la continuación de negociaciones para el control de armas entre las superpotencias⁷.

Al cabo, las insinuaciones de Kohl atrajeron a la disputa a los vecinos de su país, buscando todos, en efecto, firmes garantías de que ellos podrían realmente tener lo mejor, tanto del nuevo mundo en ascenso, como del antiguo orden. Debido a que la alianza occidental siempre había suscrito el hecho de que la división alemana era anormal y que al final debía superarse, ninguno de los aliados pudo decir públicamente —aunque Margaret Thatcher de Inglaterra llegó muy cerca— que el logro temprano de la unidad germana podía de hecho socavar las prioridades europeas. Pero a comienzos de diciembre, en encuentros sucesivos en Bonn, Estrasburgo y Bruselas, todos los socios de la OTAN y de la comunidad europea de la RFA le dieron salida a sus considerables ansiedades privadas, nivelando las condiciones de su apoyo a Bonn. Se les dijo a los germano-occidentales que la reunificación era todavía una meta de valía, pero solo si —para citar solo algunas de las exigencias— el progreso en dicha dirección era "gradual", si conducía a la "estabilidad europea" y (particularmente importante para los Estados Unidos) si Bonn estaba en condiciones de garantizar que dicho Estado unificado continuaría siendo miembro de la OTAN y respetaría los derechos de ocupación de Alemania de las cuatro potencias. En efecto, en medio de esta rebatida para solicitarle a Bonn palabras de tranquilidad, aún Moscú tácitamente parecía abrazar la idea de aminorar el impulso hacia la reunificación alemana, enfatizando los compromisos de Alemania con Occidente. El ministro de Relaciones Exteriores soviético, Eduard Shevardnadze, demostró otro tanto en su postrera visita de 1989 a las oficinas de la OTAN, cuando alabó el "papel estabilizador" de la organización en los asuntos europeos, como si esperara, al igual que sus predecesores, encontrar seguridad en la confortante simplicidad de la división Este-Oeste⁸.

Por supuesto, el ansia por derrotar la incertidumbre que yacía tras todas estas posiciones era muy comprensible debido a la rapidez con que la vieja cuestión alemana había resurgido en el continente. A comienzos de 1990, nadie estaba preparado realmente para una "prematura" unificación de Alemania, ni siquiera los propios alemanes. Mas cuando el 28 de febrero el gobierno de Modrow en Berlín Este anunció su decisión de adelantar la

5/ Foreign Broadcast, Information Service, Daily Report: Soviet Union, noviembre 13 de 1989.

6/ Neues Deutschland, noviembre 18 de 1989.

7/ "A Ten-point Program for Overcoming the Division of Germany and Europe", *Statements and Speeches*, Vol. 12 No. 25 (New York: German Information Center, diciembre 19 de 1989).

8/ International Herald Tribune, diciembre 20 de 1989.

fecha, de mayo 6 a marzo 18, para las primeras elecciones libres y democráticas de la RDA, señaló su propio reconocimiento de un hecho que muchos de sus vecinos, amigos y enemigos por igual encontraron difícil de aceptar: Alemania Oriental como tal probablemente no duraría el año.

Dos elecciones en Alemania

CUANDO LOS HISTORIADORES ESCRIBAN EL RELATO de lo que sucedió a las dos Alemanias en 1990, probablemente digan que fue un cuento de dos elecciones —una ya concluida en la RDA y la otra que vendrá en diciembre en la RFA— en el cual ninguno de los gobiernos alemanes consiguió exactamente lo que deseaba. Evidentemente, esto ya ha demostrado ser el caso para el viejo PSU (rebautizado ahora como Partido del Socialismo Democrático), que había apostado en el otoño de 1989 que podría rescatar el efímero experimento con el socialismo de la Alemania Oriental, aceptando el concepto de elecciones democráticas. En vez de eso, el espectro de las próximas votaciones, junto con la apertura de fronteras de la RDA, se convirtieron en la ruina de los comunistas.

Aquí, de nuevo, es alocucionador recordar cuán rápido han cambiado las cosas en los pasados seis meses. Todavía en diciembre, los grupos de oposición germano-orientales temían que los comunistas pudieran ser capaces de agrupar sus fuerzas para capturar, si no una mayoría, por lo menos un número esencial de sillas en el nuevo parlamento del país. Descontando el gran número de deserciones de las filas del PSU, el partido era aún la fuerza política más organizada en la RDA y podía confiar en apelar a los instintos de muchos de sus cuadros por mera supervivencia. En contraste, las columnas de la oposición estaban resquebrajadas y divididas en un archipiélago de minúsculos partidos y de grupos cívicos, muchos de los cuales parecían no tener un sentido coherente de hacia dónde se encaminaban⁹.

Sin embargo, ahora podemos ver que el fantasma de las próximas elecciones tuvo un impacto devastador en los esfuerzos de los comunistas para recobrar la credibilidad popular. Porque las elecciones hicieron a los ciudadanos conscientes del hecho de que, por primera vez en 40 años, ellos eran libres de escoger su propio destino. Una vez vieron que había realmente alternativas para el viejo régimen, los germano-orientales llegaron a avizorar casi todo paso tomado por los líderes del PSU, incluso en coalición con los partidos no comunistas, como una confirmación de la necesidad de hacer una ruptura total con el pasado. En verdad, si miramos los esfuerzos del PSU para mejorar su imagen pública, parece como si cada movimiento del partido hacía una mayor apertura y honestidad simultáneamente hubiera conducido a incrementar su pérdida de legitimidad. Cuando el gobierno de Modrow desenmascaraba un nuevo crimen o desenterraba más evidencias de corrupción durante la decrepita dictadura de Honecker, por ejemplo, no podía

remediarlo sin poner en cuestión su propia autoridad. ¿Por qué alguien hubiera deseado confiar a los comunistas las riendas del gobierno cuando habían fracasado tan escandalosamente en el pasado?

Pero, además, incluso los reformadores comunistas como Modrow nunca parecieron ser capaces de liberarse de la helicosa sicología asociada con el Muro. Si el gobierno germano-oriental enfrentaba dificultades casi insuperables en los meses siguientes, argumentaba la nueva dirección del partido, éstas no eran solo de su propia cosecha sino también el resultado de las recién abiertas fronteras del país a Occidente. Pronto la RDA tendría que combatir contra una ola de insidiosa influencia del mundo capitalista —especulación monetaria, contrabando de drogas, espionaje e incluso neonazismo— males todos de los cuales supuestamente habían estado confortablemente aislados en el pasado. Fue en tal estado de ánimo que Modrow hizo su malograda propuesta para reconstituir la policía secreta germano-oriental, como si esperara que la ciudadanía se reuniera alrededor de la causa de proteger la patria. Pero claro que por aquellos días, como lo demostró la airada reacción popular a la propuesta, no iban a ser toleradas nuevas barreras antifascistas.

Sin embargo, no se trata de asegurar que solo los comunistas estaban interesados en encontrar la forma de salvar la RDA. También debemos recordar que desde el mismo comienzo, aún los críticos más virulentos del PSU, y por encima de todo los intelectuales disidentes y los científicos que fundaron el *Neues Forum* (Nuevo Foro), estaban aún imbuidos con la mística de la existencia separada de Alemania Oriental.

Ellos esperaban que su país pudiera ser de alguna manera remodelado como un ejemplo de "tercera fuerza" entre los bloques, combinando a la vez las tradiciones humanistas del marxismo con las libertades de la democracia liberal. Incluso a comienzos de 1990, cuando la mayoría de los partidos de oposición en la RDA comenzaron a reconciliarse entre sí mismos con la idea de la final reunificación alemana, casi todos confiaban en controlar el modo en el cual su país se fusionaría con la RFA. Ellos esperaban que si llegaba la unidad alemana, esta sería gradual, que adoptaría algún método para reasegurar la forma confederal, a la manera del programa de diez puntos de Kohl, y se llevaría a efecto de tal manera que evitara excitar los ánimos de sus vecinos.

Sin embargo, debido por lo menos a un par de razones, los sueños de salvar a la RDA en cualquier forma o de controlar el ritmo de la reunificación quedaron en nada. La primera razón fue la de que la opción de salida ofrecida por la apertura del Muro significó que la suerte de la RDA era en últimas decidida, no por los políticos e intelectuales profesionales, sino por el contrario, por la misma gente que se lanzó a las calles de Leipzig y Dresden en el último otoño y que finalmente obligó al gobierno a destapar sus fronteras con Occidente.

Hace solo unos pocos meses, si se le hubiera preguntado a un tendero en Jena o a una obrera en Karl-Marx-Stadt acerca de su apego a la RDA, cada uno podría haber expresado fuertes lazos sentimentales hacia el país en el cual él o ella habían crecido. Sin embargo, a pesar de estos sentimientos

9/ Por esa época, los jefes del PSU hicieron el siguiente cálculo: si cada miembro restante del PSU votara por el partido, y si él o ella a su turno reclutaban un amigo con el mismo fin, todavía tendrían una oportunidad de salir bien librados de las elecciones.

tos, muchos de los ciudadanos de Alemania Oriental estaban reacios a sufrir más penalidades por una causa que había llegado a ser cada vez más abstracta y amorfa. Incluso en tal época, las pruebas y sacrificios que esperaban a aquellos que decidieron permanecer en la RDA ya eran universalmente reconocidos: la eliminación de la mayoría de los subsidios; la modernización de la obsoleta infraestructura industrial del país y, apenas en sus comienzos, la posibilidad de un desempleo generalizado; y, por supuesto, todas las incertidumbres que se desprenderían de la unión monetaria. De aquí que no fue sorprendente el hecho de que tantos ciudadanos de la RDA decidieran tomar ventaja de la sencilla alternativa de reunificarse primero ellos mismos con la RFA —emigrando constantemente hacia Occidente, adonde eran automáticamente cobijados por la ciudadanía germano-occidental— antes que esperar que las cargas de la reunificación nacional les fueran impuestas desde fuera.

El segundo factor que contribuyó al acelerado giro hacia la unidad alemana fue el hecho de que 1990 es también año de elecciones en la República Federal. Desde el principio, los políticos germano-occidentales no pudieron darse el lujo de subestimar los desafíos envueltos en la respuesta a la crisis en la RDA. Las obligaciones legales de la *Grundgesetz* (la Ley Básica, que sirve como Constitución de la RFA) los ataron inequívocamente a la tarea de "completar la unidad" de la nación alemana. Además, la necesidad de disminuir la entrada diaria de miles de emigrados germano-orientales a Occidente constriñó a los líderes de la RFA a tomar posiciones cada vez más específicas sobre su versión de un Estado-nación unificado, como lo hizo Kohl el 6 de febrero, cuando introdujo por primera vez el tema de una unión monetaria pan-germana bajo el marco alemán.

No obstante, no se puede negar que el tema de la reunificación fue también una formidable ganga política para los partidos de Alemania Occidental. Recordemos que en el último verano el gobierno de Kohl estaba tambaleando al borde del colapso, y un arrume de decisiones impopulares y de desenfundadas pugnas internas dentro de la Unión demócratacristiana amenazaba socavar la estabilidad de la coalición gobernante en el poder. Así, el propio Kohl, el astuto conductor político, difícilmente pudo resistir la tentación de sumergirse completamente en las elecciones germano-orientales, defendiendo a su partido como al verdadero representante de los intereses nacionales alemanes y reforzando, por deducción, sus propias credenciales como líder natural de una Alemania unificada.

Por su parte, los rivales del PSD no estaban muy atrás. Luego de las dificultades iniciales en adaptarse ellos mismos a la crisis germano-oriental, los socialdemócratas respondieron con un fuerte rechazo. Oskar LaFontaine, candidato del partido a canciller, capitalizó los temores locales por el impacto inmediato de la afluencia de refugiados, ayudándose en el proceso a lograr una cómoda victoria en las elecciones estatales en el Sarre, al insistir en que los ciudadanos de la RDA primero proporcionarían pruebas de tener un empleo adecuado antes de permitirles ingresar a la RFA. A su turno, Willy Brandt, el patriarca del partido, absolvió las dudas en torno al compromiso del PSD con la reunificación, anunciando que en reali-

dad había llegado la ocasión para ir más allá de la *Ostpolitik*, prohibiendo la convocatoria de la población germano-oriental para la "unidad desde abajo".

En privado, los dirigentes de la UDC y del PSD y la mayoría de los partidos germano-occidentales más pequeños admitieron que ellos no querían hacer nada que impidiera la ordenada transición de la RDA hacia la democracia. Pero en la práctica, la lógica de su propia competencia y su anhelo de ganar puntos políticos, tanto en casa como en un electorado germano-oriental que pudiera a la postre votar igualmente por ellos, literalmente los empujó a la refriega. El PSD poseía una ventaja inicial superior porque pudo ofrecer sus recursos financieros y organizacionales y el apoyo carismático de personalidades tales como Brandt, a un partido que como su homólogo germano-oriental, no tenía el fardo de años de asociación con los comunistas. Pero la UDC y su partido hermano bávaro, la Unión Social Cristiana, pronto respondieron prestando su apoyo a la ahora victoriosa Alianza por Alemania, la unión de fuerzas conservadoras y abiertamente prounificación, que combinaba a la vieja UDC-Oriental, la Unión Social Alemana y el Despertar Democrático. Posteriormente, el Partido Democrático Libre del ministro de Relaciones Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, se alineó con una alianza electoral similar, la Federación Germano-oriental de Democratas Libres, e incluso los Verdes empezaron a cultivar relaciones con diversos grupos de activistas ecológicos en la RDA.

Todavía, incluso antes del 18 de marzo, este afán de moldear los acontecimientos en el otro Estado alemán estuvo cargado de ironías. Mientras más cercano veían los líderes de la RFA los frutos de sus esfuerzos en la RDA, más evidente resultó para todos ellos el precio real de la victoria: las dificultades de Alemania Oriental pronto serían las suyas. La reunificación significaría no solo una monstruosa agitación económica para sus compatriotas en la RDA, sino también costos económicos significativos para la RFA en forma de impuestos, una intensificada presión sobre casi todos los debilitados servicios sociales y mayor competencia en las oportunidades de empleo. Además, la población germano-occidental, largo tiempo acostumbrada a años de riqueza y de estabilidad política, estaba poco dispuesta a incurrir en los intangibles costos psicológicos ocasionados por una repentina pérdida de control sobre su propio destino. Finalmente, como descubrieron Kohl y otros miembros de su coalición gobernante en su empeño por ajustar la causa de la reunificación con los intereses de los países vecinos, la posibilidad de una Alemania unificada también amenazaba socavar décadas de aspiraciones de la RFA para reconciliar al pueblo alemán con sus vecinos continentales. Mientras que cada uno podía concordar en que en el mejor de todos los mundos posibles la nueva Alemania debería insertarse en una red de acuerdos pan-europeos, el problema consistía en que la unificación misma estaba progresando a un ritmo mucho más acelerado que el de los esfuerzos complementarios para crear la "nueva arquitectura" que los abarcará¹⁰.

10 / El secretario de Estado, James Baker, utilizó dicha frase en una reunión de las cuatro potencias de ocupación en Berlín, el 12 de diciembre de 1989.

Dadas estas complicaciones, ¿quién podría dudar de que si los caudillos de la RFA hubieran sido capaces de encontrar un camino para aminorar la "locomotora de la unificación" (para citar una expresión favorita en ambos Estados alemanes), ellos lo hubieran acogido? Pero ahora que la realidad de la unidad alemana está frente a nosotros, tenemos que preguntarnos a nosotros mismos —igual que se están preguntando los alemanes— qué significa aceptarla.

Una nueva Alemania

NO EXISTE NADA INTRINSECAMENTE peligroso en torno a un Estado-nación alemán reunificado. No obstante, el proceso de unificación podría levantar nuevos antagonismos y frustradas esperanzas, y si estamos interesados por el futuro papel de Alemania en Europa Central, deberíamos ser cuidadosos para no soliviantarlos por medio de nuestros poco reales miedos y expectativas. Si actuamos como si nuestros aliados en Bonn estuvieran ya en posición de dirigir el curso de todo cambio en la RDA, no solo nos engañamos en cuanto a la dimensión de la influencia de Alemania Occidental, sino que corremos el riesgo de subestimar las tensiones internas que acompañarán a ambas Alemanias a lo largo del camino hacia la unidad. Hace unos pocos meses, a muchos germano-occidentales les gustaba decir que su país simplemente se "tragaría" (*schlucken*) a la RDA. Pero la verdad del asunto es que Alemania Oriental nunca desaparecerá completamente sino, al contrario, de alguna forma sin duda difícil, perdurará dentro del cuerpo del nuevo Estado alemán. Por dicha razón, es mucho más apropiado preguntar qué clase de amalgama será la de este nuevo Estado.

La lección que nos deja la desaparición del Muro es que la nueva Alemania no será tan solo una recreación del viejo Estado germano-occidental. Cuando, por ejemplo, los políticos occidentales hablan volublemente en torno a fórmulas que pudieran usarse para conciliar la afiliación de Alemania unida a la OTAN con los intereses de seguridad de la Unión Soviética —la RFA juega un papel activo en la OTAN, mientras que las tropas soviéticas permanecen durante un tiempo no especificado en la RDA— aquellos pueden tener razón en cuanto a la necesidad de encontrar fórmulas que no traigan nuevas incertidumbres al continente. Aunque lo que olvidan de manera palmaria es que no solo los germano-occidentales sino también los germano-orientales tienen algo que decir a dicho respecto. En este caso, existe una razón considerable para preguntarnos lo que ellos anhelan.

Si hubo un tema común en las masivas demostraciones que presenciamos en la RDA el último otoño, fue el del rechazo total del pueblo germano-oriental a las "políticas de complacencia" (*Bevormundung*) del gobierno del PSU. Desde este punto de vista, se debe preguntar exactamente cuán receptiva será la población germano-oriental a los nuevos proyectos impuestos a ella por fuerzas más allá de su control. Por cierto, una continuada presencia soviética en cualquier forma está ligada a producir tensio-

nes entre una población que, al liberarse por sí misma del comunismo, también esperará en primer lugar ser liberada del país que le trajo la ideología.

Pero, además, en vista de la rápida disolución del Ejército Nacional del Pueblo de la RDA, es difícil imaginar que los caudillos alemanes sean capaces de resistir presiones para crear un ejército unificado. Sin embargo, lo que no parece claro, es cómo un nuevo *Bundeswehr* pueda entonces ser acomodado a las estructuras de alianza existentes.

Es probable que, también Alemania Occidental, como resultado de su propia posición ambivalente, sienta el aguijón de la complacencia de sus vecinos. Cuando los aliados de la RFA se apresuraron a atar a Bonn a nuevos compromisos luego del anuncio del plan de diez puntos de Kohl en noviembre último, muchos de los asesores de los cancilleres se quejaron de que otras potencias europeas y los Estados Unidos no habían ni siquiera intentado comprender la delicada situación doméstica en Alemania Occidental. Kohl hubiera querido pronunciar un discurso mucho menos provocador, ellos argumentaban, pero la presión del ala derecha de su propio partido y del pujante movimiento republicano lo había obligado¹¹. Críticas similares de los aliados se pudieron escuchar en los meses subsiguientes cuando, después de los apresurados encuentros de James Baker y de Francois Mitterrand con el premier germano-oriental y las discusiones del presidente francés con Gorbachov, flotaba la impresión de que los socios de Bonn estaban negociando por debajo de la mesa. Aún hoy existe un malestar en la capital germano-occidental en torno a los poco disimulados temores de Margaret Thatcher por la reunificación. Kohl puede haber expresado mejor el disgusto germano-occidental a tales presiones cuando anotó, durante su propia entrevista con Gorbachov en febrero, que era un derecho del pueblo alemán "decidir vivir en un Estado, y que es asunto de los alemanes determinar el momento y el método de la reunificación"¹².

No obstante, el peligro más grande de que se presenten intrigas para imponer condiciones a los alemanes en esta coyuntura es que, en una época en que los habitantes de ambos lados de la vieja frontera están volviéndose cada vez más obsesivos con sus dificultades internas, cualquier presión desfavorable que venga desde fuera puede generar de modo inadvertido precisamente la clase de actitudes hostiles —cólera, rencor, resentimiento, incluso un nuevo nacionalismo— que sería lo que menos quisiéramos ver en una Alemania unida.

En la RDA, el problema es que aún con la sorpresiva victoria en las elecciones de marzo de la conservadora Alianza por Alemania (48 por ciento), la cual impulsó con mayor agresividad la causa de la rápida unificación que sus rivales en el PSD (22 por ciento), todavía no sabemos si los nuevos partidos de masas del país realmente han ganado la necesaria confianza pública para canalizar las quejas populares hacia constructivos caminos para

11 / Kohl había deseado manejar el término mucho más moderado, "confederación", el cual implicaba que la separación alemana continuaría por algún tiempo; él se vio precisado a hablar de "estructuras confederativas" y de "federación", sin embargo, para demostrar a sus críticos derechistas que estaba realmente comprometido con la reunificación alemana. Fuentes del autor, Bonn.

12 / *New York Times*, febrero 11 de 1990.

el futuro. Algunos grupos continúan creyendo que las elecciones les fueron "arrebatadas" por Occidente. Puesto que las presiones de la reconstrucción económica levantan turbulencias sociales, muchos germano-orientales comunes y corrientes se pueden inclinar a dar su apoyo a políticos y movimientos que les ofrecen las soluciones más simples y menos penosas para sus males, incluso si esto significa apoyar los extremos políticos de la demagogia y la xenofobia. En estas condiciones, el único valor que no reinará soberano en la RDA de los meses que vienen es la paciencia. La mayoría de los germano-orientales aseguran que ya han sufrido más que nadie al soportar cuatro décadas de régimen comunista, y por ello nadie, en la RFA o en cualquier parte, será capaz de convencerlos de que ellos solos deben cargar a sus espaldas con el peso de la reunificación alemana.

Sin embargo, no deberíamos olvidar que también ha habido evidencia de frustraciones con partidos de masas convencionales en la RFA desde hace muchos años. En particular, el inesperado ascenso de los republicanos de extrema derecha en las elecciones estatales y municipales el año anterior testimonia la inhabilidad de los partidos tradicionales envolventes, bien en la derecha o en la izquierda, para enfrentarse a los sentimientos de impotencia y alienación de los germano-occidentales a la vista de altos niveles de desempleo, insuficiente vivienda y la manifiesta competencia representada por una entrada masiva de emigrantes extranjeros. Y, estos son exactamente la clase de problemas sociales que se exacerbarán en el proceso de la reunificación nacional.

A estas alturas no podemos saber cómo les irá a los republicanos en una elección unificada alemana: ellos fueron deliberadamente excluidos del voto de la RDA. No obstante, las tendencias actuales en la RFA sugieren que estarán representados en el próximo parlamento. Una perspectiva igualmente desconcertante es la de que la unificación alemana podría hacer las cosas más difíciles para el Partido Democrático Libre (PDL), un partido que históricamente ha jugado un papel de equilibrio crucial en la política germano-occidental, para franquear la valla del cinco por ciento necesaria para entrar al Bundestag; la modesta presentación de los Demócratas Libres en la elección germano-oriental (cinco por ciento) es digna de tener en cuenta. En este contexto, incluso las grandes organizaciones demócratacristianas y socialdemócratas pueden ver frustrados sus afanes de formar coaliciones estables de gobierno en los años venideros.

Por supuesto, no pretendemos dibujar cuadros apocalípticos del futuro alemán, porque mucho de lo que suceda en los próximos meses dependerá de las decisiones específicas adoptadas por los dirigentes de las Alemani as en torno al curso de la reunificación. La indicación de Helmut Kohl, exactamente antes de las elecciones de la RDA, de que estaba preparado para ofrecer a los germano-orientales un cambio de uno por uno de sus ahorros por marcos germano-occidentales, insinuaba que estaba renuente a pagar el precio político de alienar a los votantes germano-orientales en un año de elecciones. Pero ahora que la Alianza por Alemania parece haber ganado un mandato para la unificación, es posible que el gobierno de Kohl tenga que seguir ofreciendo a la población de la RDA términos relativamente con-

fortables (por ejemplo, pensiones protegidas, garantías de bienestar social, programas de re-entrenamiento en empleos) con el fin de facilitar su absorción a Occidente. Por cierto, Kohl tiene la ventaja de que la RFA, con sus elevadas tasas de crecimiento económico y sus considerables superávits en cuentas corrientes, está en posición mucho mejor que la mayoría de países en el mundo para afrontar dichas cargas. En consecuencia, algunas de las tensiones más extremas de la tendencia hacia la unidad se pueden limitar a un mínimo.

El hecho es simplemente que en la medida en que reine la incertidumbre en torno al futuro doméstico de la nueva Alemania, la atención de la mayoría de alemanes estará volcada hacia adentro. En estas circunstancias, los vecinos de ambos Estados alemanes deben preguntarse lo que podrán hacer para evitar imponer obligaciones adicionales sobre los alemanes, que ellos mismos no estén en capacidad de cumplir.

Un epitafio para el Muro de Berlín

EN UNA GRAN MEDIDA, ESTADOS UNIDOS PODRÁ CONSEGUIR la Alemania que merece. Ello no quiere decir que los alemanes no tendrán responsabilidad en su futuro comportamiento. Como cualquier otra potencia europea, la nueva Alemania tendrá que atenerse a las mismas pautas internacionales —respeto por la soberanía y aceptación del statu quo territorial— que ha preservado la paz en el continente durante los últimos 45 años. Pero los vecinos de los alemanes pueden jugar un rol fundamental en modelar el carácter de un Estado alemán unificado, esmerándose para estar seguros de que están cómodos con sus alrededores. Esto significa que, como mínimo, todos estos países deben reconocer lo que pueden y lo que ya no pueden controlar en un mundo sin el Muro de Berlín.

Nosotros tenemos, en el mejor de los casos, solo una fórmula vaga para discutir la unidad alemana —aquella de las conversaciones "dos-más-cuatro". Esta fórmula algo nos ilustra sobre quiénes se pueden sentar a la mesa de negociaciones en la Europa Central —las dos Alemani as y las cuatro potencias de ocupación— pero no mucho más que eso. Incluso ya se ha comprobado que la fórmula "dos más cuatro" es descaminada, puesto que las dos Alemani as rápidamente se están convirtiendo en una sola, y una cantidad de otros Estados europeos están vociferando para ser incluidos en las deliberaciones. A Polonia ya le asignaron un papel. Para complicar aún más el asunto, incluso si comienzan las discusiones entre los alemanes y las cuatro potencias de ocupación, existe razón para preguntarse lo que está aún abierto al examen en cuanto a la unificación. Como el canciller germano-occidental nos lo recordaría, este es realmente un asunto que los mismos alemanes deciden.

Sería un error craso considerar la presión que recientemente se le impuso al gobierno de Kohl para reconocer la irrevocabilidad de sus fronteras con Polonia como un modelo para futuros tratos con Alemania. Mientras que los políticos occidentales pueden haberse congratulado por la resolución de marzo del gabinete germano-occidental para arreglar de una vez por todas

la cuestión en un parlamento completamente alemán, el debate sobre el tema tuvo siempre un aire teatral. Nadie en realidad creía que Kohl estuviera sinceramente interesado en conservar los reclamos de los así llamados "territorios perdidos" al este de la línea Oder-Neisse; quería evitar perder los votos de las poblaciones expulsadas de la RFA. Además, las potencias occidentales eran favorecidas por el hecho de que, sobre este tema particular, podrían usar mecanismos intrínsecos del sistema de partidos germano-occidental para obligar al canciller a retractarse, puesto que sus socios de coalición en el PDL y sus rivales en el PSD estaban presionando ellos mismos para encontrar un arreglo sobre el tema polaco.

Con todo, tan difícil como pueda parecer la cuestión de Oder-Neisse, ésta puede representar el último de los temas sobre los cuales los nuevos vecinos de Alemania tendrán mucha influencia. Con referencia a asuntos específicamente alemanes, tal como el futuro status de Berlín, las cuatro potencias de ocupación podrían indudablemente insistir en retener algunos de sus derechos para supervisar la expresión de los intereses alemanes. Empero, al hacerlo así, ellos no podrían impedir llegar a antagonizar con la RFA y la RDA. Durante años ha habido signos de reproche a ambos lados de Berlín por los modales a veces imperiosos que han exhibido las cuatro potencias. En particular, en las primeras semanas luego de la apertura del Muro, muchos berlineses quedaron desconcertados cuando las autoridades de ocupación se mostraban muy impacientes para hacer valer sus prerrogativas. Luego de meses de repudiar públicamente cualquier responsabilidad en la construcción de la barrera, los soviéticos se quejaron de que los germano-orientales habían fracasado de antemano en conseguir aprobación apropiada para su acción, mientras que las potencias occidentales expresaban su desencanto por los intempestivos encuentros que ocurrieron entre los dos alcaldes de la dividida ciudad. Empero, gústeles o no a las fuerzas de ocupación, Berlín ahora ciertamente se va a convertir en la capital de una Alemania Unida.

Sin embargo, más allá de las cuestiones específicas de reunificación alemana, las superpotencias y sus aliados europeos deberán tener sumo cuidado para resistirse a la tentación de convertir a Alemania en el punto crucial de sus afanes para salvar el sistema de dos bloques. La caída del Muro puede subrayar el hecho de que nos estamos moviendo más allá de la simplicidad tranquilizadora de la vieja división Este-Oeste, pero aún este evento no puede por sí mismo señalarse como el responsable de los problemas que surgen en ambas alianzas. El virtual fracaso de la Organización del Pacto de Varsovia es una consecuencia de la crisis general del comunismo, la cual sumió no solo a la RDA sino a toda Europa Oriental en 1989, y ahora amenaza explotar en la Unión Soviética. De manera similar, las fricciones mucho más pequeñas que se están haciendo sentir dentro de las filas de la OTAN, que tienen que ver con las promesas norteamericanas al continente y las futuras contribuciones a la alianza de los miembros de los países individuales, tan solo reflejan las predecibles dificultades en el ordenamiento de las fuerzas democráticas contra un enemigo que desaparece.

En un contexto tan incierto, los problemas de la alianza son también dilemas para los alemanes. Por tal razón, sería un serio error creer que la

imposición de nuevas condiciones a un Estado alemán reunificado —límites en los niveles de las tropas, por ejemplo, o una prohibición explícita sobre las armas nucleares— podrían de alguna manera crear un nuevo clima para la estabilidad y la seguridad del viejo orden europeo. En efecto, al hacerse tales exigencias a los alemanes probablemente solo se intensificaría la convicción latente en ambos Estados alemanes de que la principal función de una alianza occidental reorganizada en Europa sería la de particularizarlos para un tratamiento especial, situación que tiene ominosas implicaciones desde la perspectiva de la historia alemana.

Antes de imponer exigencias, es más sensato concentrarse en cultivar deliberadamente un ambiente en el cual los dirigentes de una nueva Alemania se pongan de acuerdo en las limitaciones de su propia voluntad y su propio ritmo. En parte esto puede entrañar de nuevo la justificación de la OTAN ante los alemanes, en una época en que muchos germano-occidentales —aquellos en torno a Hans-Dietrich Genscher en el PDL y gran parte de la dirección socialdemócrata— están pensando concretamente en reforzar las instituciones de la OTAN con otros acuerdos de seguridad pan-europeos. Hasta ahora, la mayoría de los políticos en la República Federal siguen creyendo que una presencia militar norteamericana en el continente juega un papel vital para garantizar la seguridad de su país. Pero los artífices de la política en los Estados Unidos aún tendrán que demostrar que no están trabajando en contravía con sus aliados.

En cuanto a esta meta, la administración Bush se ha movido en la dirección correcta con su avance en la negociación de las reducciones de fuerzas convencionales en el continente. Empero, si el compromiso de Estados Unidos de disminuir las tensiones en Europa Central se mantiene como algo confiable, los funcionarios en Washington necesitarán ahora reconocer que los eventos recientes han dejado obsoletos los planes de la OTAN para modernizar sus fuerzas nucleares terrestres de corto alcance. No solo aprendieron los habitantes de ambas Alemanias a compartir miedos comunes durante los años ochentas en torno a los peligros de la "singularización" nuclear, sino que los presentes estropicios dentro del Pacto de Varsovia sugieren que dichos sistemas ya no cumplen con su cometido original. Nadie puede imaginar cómo estos podrían ser posiblemente utilizados por un grupo de alemanes contra otros.

Comoquiera que se defina la relación de Alemania con la OTAN, el otro reto para los artífices de la política occidental, y en particular para los norteamericanos, será aceptar que el nuevo Estado alemán tendrá una relación muy diferente con la Unión Soviética de la que ha tenido la RFA en el pasado reciente. Sin importar cuánto tiempo tome negociar el retiro de las fuerzas soviéticas del territorio alemán, podemos suponer que la dirección actual de Alemania Occidental estará naturalmente inclinada a equilibrar sus compromisos frente a la alianza occidental, con declaraciones equiparables para Moscú de que la reunificación de Alemania se halla también dentro del interés soviético. Incluso si el gobierno de Kohl se mostrara lerdo en asumir esta tarea, se puede asegurar que sus socios de coalición en el PDL y la oposición socialdemócrata bien pronto se encargarían de ello.

En este caso, no debemos echar de menos que la desaparición del Muro tiene implicaciones que van más allá del solo dominio de las cuestiones armamentísticas. Cuando Khrushchev apoyó la construcción de la barrera en 1961, despojó efectivamente a la Unión Soviética de las más antiguas esperanzas de sus líderes de representar a su país como una verdadera potencia pan-europea. Pero ahora que aquella muralla ha sido eliminada, interesa a todos, si las futuras tensiones Este-Oeste van a minimizarse, consentir el desarrollo de una relación germano-soviética estable y recíprocamente ventajosa¹³. Los beneficios económicos de vínculos más estrechos ya son totalmente palpables para la dirigencia soviética. Conforme acepten un Estado-nación alemán unificado, los soviéticos podrán encontrar cierto sosiego en la inteligencia de que los grandes sacrificios de su país durante la segunda guerra mundial no concluyeron a la postre al ser excluidos de la nueva política en Europa.

El reto para los artífices de la política occidental en los 90 será el de atinar respuestas a los tumultuosos cambios en Europa Central que mejoren los intereses y ansiedades creados por la reunificación alemana, y que no conduzcan a palabras y hechos imprudentes por parte de ninguna de las principales potencias comprometidas. No obstante, únicamente lo lograremos si estamos preparados para demostrar a los dirigentes de la nueva Alemania que hemos aceptado las implicaciones de la desaparición del Muro y que estamos en capacidad de mirar más allá del inmediato futuro como para acordar con ellos formas de asegurar la estabilidad europea en los meses por venir. ¿Será que el mejor epitafio que se pudiera escribir al Muro de Berlín en diez o veinte años es que los vecinos de Alemania reconocieron su propia responsabilidad con el futuro del continente y actuaron como los "promotores de confianza", como lo dijo recientemente el presidente-dramaturgo de Checoslovaquia, Vaclav Havel¹⁴, para dar la bienvenida a la nueva Alemania a su rebaño?

13 / Aquellos que se mortifican por la llegada de un "nuevo Rapallo" pueden encontrar algún alivio al reflexionar sobre las diferencias entre la situación histórica actual y aquellas condiciones que condujeron al primer Rapallo. Ver George Kennan, *Russia and the West under Lenin and Stalin* (Boston: Little, Brown, and Co., 1961), C. 15.

14 / Vaclav Havel, "The Future of Central Europe", *New York Review of Books*, Vol. 37, No. 5 (marzo 29 de 1990), p. 19.